

**SESIÓN NECROLÓGICA CELEBRADA EL 28 DE ABRIL DE 1999, EN MEMORIA DEL
CORONEL DON RICARDO SERRADOR Y AÑINO, ACADÉMICO DE NÚMERO**

**PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL CORONEL
DON JOSÉ SÁNCHEZ DE LA ROCHA**
Académico Correspondiente

Mi General, Excelentísimos e Ilustrísimos Señores, amigos todos de nuestro entrañable Ricardo Serrador, a cuya memoria y afectuoso recuerdo queremos aquí juntos hacer este homenaje.

Cuando hace hoy poco más de siete años que, en esta misma aula, continuaba yo las clases de heráldica que, hasta ese momento, había impartido mi gran maestro y mejor amigo, Luis Messía de la Cerda, interrumpidas por su fallecimiento, no pude por menos que, con un nudo en la garganta, empezar mi primera clase diciendo: *Desde un campo de azur, sembrado de luceros de plata, estará en uno de ellos, nuestro gran amigo Luis, contemplando esta modesta continuación de sus clases.*

Hoy me encuentro en una situación parecida. También otro magnífico profesor de esta escuela se nos ha ido: el Coronel Serrador nos ha dejado. Ha cumplido su misión, ha finalizado su destino en la tierra y, cumplido éste, el Dios de los Ejércitos se lo ha llevado para gozar del merecido de los soldados en su Paraíso.

El Coronel Serrador –Ricardo– promotor, junto con Luis Messía de la Cerda, de los cursos de heráldica en este Centro, nunca pudo suponer que aquel primer curso de tan sólo tres semanas y treinta alumnos, en aquel año de 1985, fuera el germen, fuera la simiente por él puesta, para que, quince años después, ahora, en este momento, estemos en el curso número XVI. Pero, esta semilla por él sembrada no ha fructificado sólo en la Heráldica Militar, sino que ha sido el germen para que, después, se iniciaran los cursos, primero de Uniformología, después, de Historia y Estética de la Música Militar y, desde hace cuatro años, los de Vexilología Militar, materia en la cual Ricardo era uno de los grandes maestros.

El Coronel Serrador, que vivió la milicia desde niño, por ser hijo de militar –su padre fue Teniente General y gran aficionado a estas *artes y ciencias heroicas*– ingresó en el ejército durante la Guerra de Liberación, en la que se hizo alférez provisional (aquellos de los que se decía *alférez estampillado, muerto asegurado*), formando parte del tercio de requetés *Abárzuza*, y retirándose como Coronel de Infantería. Durante sus cincuenta años de servicio, día a día, realizó los cursos de Estado Mayor, de Montaña y de Carros y, dada su afición por todo lo aeronáutico, el de paracaidista, así como los de piloto civil, previo los de vuelo sin motor.

De sus destinos ¿qué se puede decir?, todos siempre donde el deber y su vocación le llamaban: desde la frontera de los Pirineos, en Irún, pasando por la montaña de Elizondo y Jaca, luego, cruzando España para llegar a África: Tánger, Ceuta, el Sahara y regresando a la Península, primero al Estado Mayor de la Capitanía General de Cataluña y terminando su vida militar en este entonces llamado *Servicio Histórico Militar* y, ahora, *Instituto de Cultura e Historia Militar*, donde fue el jefe de la ponencia de Heráldica. No voy a mencionar sus condecoraciones, eran muchas y de mucho valor.

Esta hoja de servicios, tan brevemente expuesta, nos habla de una vida con una entrega total a la milicia, al servicio de su Patria y de los españoles, desde unos altísimos valores y virtudes militares, a los que siempre fue fiel, defendió y sirvió por encima de todo.

Al principio de esta mi modesta contribución al recuerdo del Coronel Serrador, decía que fue el fundador de los cursos de Heráldica, en los cuales me enorgullezco de ser uno de los profesores que los imparte. Pero el que yo sea profesor ha sido posible gracias a sus, para mí, primeras y doctas enseñanzas que aquí recibí de profesores como han sido Ricardo, Luis Messía de la Cerda y el, para nosotros también inolvidable, general Fernández Chicarro, persona dotada también de unos grandes valores y uno de los mayores conocedores de la genealogía, quien vivía sus clases intensamente como las vivía Ricardo, poniendo en ellas toda su alma y sentir.

Cuando los cursos de heráldica ya estaban consolidados y el número de alumnos había crecido a noventa, no más, por incapacidad de esta sala - ya que los peticionarios sobrepasan los doscientos- el Coronel Serrador, a pesar de su enorme energía, empeño y voluntad de vencer, como rezan los principios de nuestra doctrina militar y ordenanzas, hubo de disminuir el número de horas de clase, pues, no en vano, habían transcurrido los años, y hubo de pasar a la situación de retirado - el limbo de los guerreros-. Al final de sus años de colaboración en este Centro, impartía solamente unas magníficas lecciones magistrales de inauguración de los cursos.

No puedo por menos que mencionar aquí al Real Ilustre y Primitivo Capítulo Noble de Caballeros de la Merced, al cual pertenecía Ricardo desde el año 1982. No sólo fue un activo hermano, sino que también llevó a un gran número de amigos para que engrosaran esta orden religiosa-militar y en la que también se le echará de menos en nuestros oficios mensuales y demás actos capitulares.

También debo mencionar a la Asociación de Hidalgos a Fuero de España, donde fue un activo colaborador, tanto en su revista *Hidalguta*, como en la vida de esta asociación.

En cuanto, a la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, organizadora de este acto, junto con el Instituto de Historia y Cultura Militar, nuestro buen amigo don Eduardo Pardo de Guevara y Valdés, tomará la palabra a continuación.

Coronel Serrador, todos te tendremos presente, no sólo en nuestras oraciones, no sólo en el recuerdo, sino que también siempre que entremos en esta aula, te veremos en ella prodigando tus conocimientos en magníficas y profundas lecciones de heráldica y vexilología militar.

Coronel Serrador -Ricardo- estamos todos seguros de que junto con Luis Messía de la Cerda y Fernández Chicarro, estarás contemplándonos desde un campo de azur sembrado de luceros de plata.

Muchas gracias



El Coronel Don Ricardo Serrador y Añino

**PALABRAS PRONUNCIADAS POR
DON EDUARDO PARDO DE GUEVARA Y VALDÉS**

Académico de Número

Señores Académicos:

La Real y Matritense de Heráldica y Genealogía se reúne hoy en sesión pública, utilizando para ello este evocador salón del Servicio Histórico Militar, para expresar su sentir corporativo por la pérdida de quien fue un querido y respetado compañero, el coronel don Ricardo Serrador y Añino. En nombre de nuestra Corporación y de acuerdo, también, con el ceremonial acostumbrado para las ocasiones más señaladas, me cumple el honor -el pesaroso honor, deberé precisar- de glosar, a modo de homenaje póstumo, la figura y fecunda trayectoria de nuestro desaparecido compañero.

Serrador y Añino, que fue - como saben todos ustedes- un apasionado estudioso de nuestras disciplinas y, además, uno de sus más incansables divulgadores en el ámbito castrense, había nacido en Málaga, allá por el año 1921, en el seno de una familia de larga y brillante tradición militar. La sola evocación de la figura de su padre, el Teniente General don Ricardo Serrador Santés, constituye -sin necesidad de ir más lejos- una muestra sobradamente ilustrativa de ello. Su *Medalla Militar Individual*, que le fue concedida por los méritos contraídos en la gesta admirable y heroica del Alto del León, o de los *Leones de Castilla*, como acertaron en llamarlo después, así como sus postreros destinos ya en tiempos de paz al frente, sucesivamente, de la Capitanía General de Canarias, de las Fuerzas de Tierra, Mar y Aire de las Islas y, finalmente, del denominado Mando Económico de Canarias, constituyen, por lo demás, testimonios indiscutibles, destellos deslumbrantes, de aquella brillantísima carrera militar.

Con verdadera devoción filial, con fascinación casi, nuestro desaparecido compañero optó desde muy temprano por seguir la tradición familiar. De esta forma, tras concluir la *Guerra de Liberación* (1936-39), en la que había participado como Alférez Provisional en las filas del Tercio de Requetés de *Abarzuza*, don Ricardo Serrador y Añino se

incorporó plenamente, ilusionadamente, a la carrera de las armas, superando con brillantez los célebres cursos de transformación de las academias de Zaragoza y Guadalajara. A lo largo de sus casi cincuenta años de vida militar, que son los que transcurrieron entre su ingreso, allá por el año 1938, hasta su retiro en 1987, don Ricardo Serrador y Añino ocupó destinos en diversos puntos de la geografía nacional: Irún, Elizondo, Jaca, Tánger, Sáhara, Ceuta, Tarifa, Barcelona y Madrid. Siguió, durante todo este tiempo, cursos especializados en distintos lugares del extranjero, obteniendo además numerosos y muy meritorios diplomas. Entre estos últimos, el siempre codiciado de Estado Mayor.

Don Ricardo Serrador Añino, que alcanzó el grado de Coronel de Infantería y, como tal, mandó el Regimiento *Alava 22* y desempeñó después el puesto de Segundo Jefe del Estado Mayor de la Capitanía General de Cataluña, estaba en posesión de numerosas condecoraciones. Entre ellas: una Cruz de Guerra, una Cruz Roja del Mérito Militar, la Medalla de la Campaña de 1936-1939, la Placa de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, las propias de la Orden del Mérito Militar y, finalmente, las encomiendas también con Placa de las Órdenes de Cisneros y de África.

Sin embargo, como es natural, fueron otros muy diferentes los méritos por los que nuestra Real Corporación acordó, en Junta extraordinaria de 25 de septiembre de 1991, su incorporación como individuo numerario a nuestras labores académicas. Y ciertamente, como ya tuve el honor de destacar en mi contestación a su Discurso de Ingreso en la misma, el 27 de mayo de 1993, nuestro finado compañero fue, desde muy temprano, un apasionado estudioso y un incansable divulgador de las materias que nos son comunes y, muy en particular, de esa disciplina nueva, recientísima, que llaman *Vexilología*.

En cierto modo, como había ocurrido con su vocación castrense, casi podría decirse que en este otro ámbito, distinto pero no tan distante de aquél, el coronel Serrador volvió a ser fiel, acaso sin proponérselo, a esa devoción filial -o casi fascinación- a la que he aludido hace unos momentos. No en vano, como él mismo recordó en repetidas ocasiones, su afición y primeros conocimientos en estas materias especialísimas fueron fruto, o verdadera prolongación, de la erudita curiosidad genealógica de su padre, que había estudiado los orígenes de sus dos primeras stirpes, los Serrador y Añino. Pero también fueron - así cabría sospecharlo- maduración tardía, casi imperceptible, de las inquietudes intelectuales de su segundo abuelo, don Francisco Serrador, que supo conciliar la espada y la pluma, atendiendo simultáneamente a sus obligaciones militares y a sus compromisos como profesor de Literatura.

El coronel don Ricardo Serrador y Añino, en cualquier caso, fue mucho más lejos en sus aficiones y curiosidades heráldicas y genealógicas. Ciertamente es, desde luego, que algunos de sus primeros trabajos - como nos ha ocurrido a tantos de nosotros- tuvieron su origen, su razón de ser y hasta sus propios límites, incluso, en el ámbito estricto de

lo familiar. Un buen ejemplo lo constituye, entre otros, el estudio que dedicó en las páginas de la revista *Hidalguía* a algunas de las familias históricas de Ceuta y, en particular, a la de un ilustre colateral suyo, el Teniente don Jacinto Ruiz de Mendoza, uno de los héroes del *2 de Mayo de 1808*. Sin embargo, será obligado precisar de inmediato que sus iniciales anhelos y naturales inquietudes traspasaron ampliamente la siempre limitada frontera de lo familiar, para llegar a unos nuevos espacios temáticos más amplios y, también, mucho más interesantes y complejos.

El primer escalón académico en ese lógico y natural recorrido - como ya se ha recordado- se situó, al igual que en el caso de tantos y tantos otros estudiosos, en la Escuela de Genealogía, Heráldica y Nobiliaria del Instituto *Salazar y Castro*, cuyos cursos siguió hasta la obtención -en 1974- del Diploma correspondiente. El segundo se situó en este mismo Servicio Histórico Militar y, en concreto, en su Negociado de Heráldica, a cuyo frente permaneció desde 1981 hasta su retiro, en 1987. El último escalón, estrechamente vinculado a los dos anteriores, fue ya por fin la puesta en marcha, en el año 1984, de los Cursos Informativos de Heráldica Militar, esos mismos a los que - como nos es grato recordar- tantos y tan señalados esfuerzos dedicó nuestro muy querido y recordado compañero Luis Messía de la Cerda y Pita, que fue precisamente su gran amigo y su más entusiasta patrocinador ante nosotros.

Sobre tan particulares cimientos, las actividades de nuestro desaparecido compañero en el ámbito de las disciplinas que nos son propias se definieron con absoluta nitidez. En un lugar preferente se situaron la enseñanza - o la divulgación llana y sencilla- en las aulas de este Servicio Histórico Militar. Tal actividad docente, que inició como Jefe de Estudios de los ya citados Cursos de Heráldica Militar, y que todavía mantendría tras su retiro en calidad de Profesor Principal de una de sus especialidades, se amplió después al Curso Superior de Ciencias Nobiliarias que patrocina la Asociación de Diplomados en Genealogía, Heráldica y Nobiliaria.

El panorama de sus actividades en el ámbito de estas materias, que fueron fruto - vuelvo a repetir- de una incansable y apasionada dedicación, se completó con una fecunda labor publicista. Las páginas de la *Revista de Historia Militar*, en las que yo mismo tuve el honor de colaborar hace ya bastantes años, acogieron durante otros más recientes una buena parte de los trabajos de don Ricardo Serrador y Añino. A ello será preciso añadir, además, los que publicó en la ya mencionada revista *Hidalguía*, como aquel que dedicó a la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, y ya por último, naturalmente, su más reciente aportación, la titulada *Iniciación a la Vexilología*, que constituye en realidad - según puede leerse en su propio Prólogo- *una colección de conferencias o apuntes para un breve curso de Vexilología elemental*.

De su saber en esta última y particularísima materia, don Ricardo Serrador dio pruebas con motivo de su Discurso de ingreso en nuestra Real Corporación, impreso hace apenas un año. El tema elegido, centrado en los avatares de la celeberrima insignia de la Orden de la Banda, la institución caballerescas establecida - como allí se recuerda - por Alfonso XI de Castilla. Una orden militar y caballerescas que, como la heroica y marinera de *Santa Marta de España*, o las más festivas y cortesanas de la *Jarra de Lirios* y el *Grifo*, o del *Collar de la Escama*, por ejemplo, todavía ofrece a los investigadores singulares y muy sugerentes temas de estudio.

Recuerdo muy bien que en aquella solemne sesión pública, como manifesté en mi Discurso de Contestación, me quedé con el regusto de escuchar alguna anotación o simple referencia a los caballeros de la Banda, personajes todos de singular relevancia, algunos incluso de historia fascinante. Por mi propia condición de estudioso de los siglos bajomedievales -o acaso todavía más por la de gallego- no me resistí a la tentación de evocar entonces, aunque sólo como simple ilustración, dos poderosas individualidades de la Galicia del siglo XIV: don Pedro Fernández de Castro, que llamaron *el de la Guerra*, pues fue - tras el propio monarca fundador naturalmente- el primer magnate que lució las insignias de aquel instituto, y don Fernán Pérez de Andrade, calificado *o Bóo*, en cuyo famoso sepulcro de la conventual de San Francisco, en Betanzos, todavía puede contemplarse sobre su pecho, cruzándolo de derecha a izquierda, la célebre banda caballerescas. Sin embargo, será preciso recordar también que no había un lugar justo para tales referencias. En realidad, con aquel Discurso, erudito y madurado, el entonces recipiendario no pretendió una aproximación histórica a aquella institución caballerescas y, mucho menos, un apuntamiento de sus famosos miembros y de sus más conocidas hazañas.

Así, con la seguridad de quien se siente escuchado por todos, don Ricardo Serrador prefirió emular a aquel oficial de la marina francesa de comienzos del siglo XIX, el capitán Le Gras, y aprovechar la ocasión para poner de manifiesto que las banderas y estandartes - o los guiones y pendones para ser más exactos- conforman, por sí mismas, toda una materia que merece ser estudiada con la mayor atención. Por ello, pero también por la especial naturaleza de la cuestión, nuestro desaparecido compañero trazó, con sumo cuidado además, la consabida abstracción del objeto concreto de su interés. Y, a partir de esa necesaria precisión, nos trasladó a todos desde su apreciado y vistoso mundo de las banderas y estandartes, que son símbolos de las colectividades, o de las masas impersonales, tan propias de nuestra contemporaneidad, hasta ese otro mundo, acaso todavía más deslumbrante, aunque ya un tanto lejano, de las divisas para-heráldicas, que fueron expresión meditada o racionalizada, por el contrario, de la singularidad - o de la individualidad si lo prefieren- que regía la vida toda del hombre medieval.

Señores Académicos: desde aquella solemne ocasión y a lo largo de estos últimos seis años la Academia ha tenido en el coronel Serrador y Añino un entusiasta y eficaz colaborador. La muerte - que es dama, como dicen en mi tierra, que a todos convida y a nadie perdona- ha puesto fin a la vida de nuestro compañero, poniendo término, como ocurrió en el caso de Mesía de la Cerda, al gusto y gozo de su compañía y de su entusiasta y eficaz colaboración en nuestras tareas académicas. Nuestra Corporación ha sufrido con ello una pérdida irreparable.

Mi general, señores académicos: permítanme terminar estas palabras con las estrofas reconfortantes de una invocación musical, de hondo sabor castrense,

*Cuando la pena nos alcanza
por un hermano perdido,
cuando el adiós dolorido
busca en la fé su esperanza,
en Tu palabra confiamos
con la certeza de que Tu
ya le has devuelto a la vida,
ya le has llevado a la luz.*

Muchas gracias